

PRÁCTICAS AGRÍCOLAS Y SU CONTRIBUCIÓN A LA SOBERANÍA ALIMENTARIA DESDE LA EDUCACION MEDIA GENERAL



Autor: Lisbaldo Oropeza

Correo electrónico: lisbaldo24@gmail.com

Licdo. en educación integral

MSc. en educación, mención: investigación educativa

Doctorando en Educación

Teléfono contacto: 0424-3556016

Recibido: 05/02/2026 **Aprobado:** 20/02/2026

RESUMEN

Las prácticas agrícolas buscan alimentar a una población creciente de forma sostenible, para ello, los sistemas agroalimentarios deben evolucionar hacia modelos de producción más eficientes y equitativos, que además promuevan dietas saludables y resiliencia climática. Esta transformación es vital para los entornos urbanos, donde urge equilibrar el suministro constante de alimentos con el cuidado ambiental, por lo cual, esta construcción teórica tiene como objetivo analizar las prácticas agrícolas y su contribución a la soberanía alimentaria desde la educación media general, realizada con la revisión teórica de diferentes fuentes bibliográficas y documentales sobre la temática. Se concluye que al incorporar las prácticas agrícolas en la educación media es fundamental para fomentar un entendimiento integral de la sostenibilidad alimentaria y medioambiental entre los jóvenes, por lo tanto, estas prácticas no solo proporcionan habilidades técnicas, sino que también inculcan valores de responsabilidad ecológica, trabajo en equipo y autonomía. En el currículo educativo, la inclusión de módulos prácticos y teóricos sobre agricultura puede inspirar interés en carreras relacionadas con las ciencias agrarias y ambientales, desde esta perspectiva hay que considerar que, en un entorno escolar, estos programas pueden ser espacios para el aprendizaje activo, permitiendo que los estudiantes participen en huertos escolares o proyectos comunitarios de cultivo.

Descriptores: prácticas agrícolas, soberanía alimentaria y educación media general.



AGRICULTURAL PRACTICES AND THEIR CONTRIBUTION TO FOOD SOVEREIGNTY FROM THE PERSPECTIVE OF GENERAL SECONDARY EDUCATION

ABSTRACT

Agricultural practices aim to feed a growing population sustainably. To achieve this, agri-food systems must evolve towards more efficient and equitable production models that also promote healthy diets and climate resilience. This transformation is vital for urban environments, where balancing a constant food supply with environmental stewardship is urgently needed. Therefore, this theoretical framework aims to analyze agricultural practices and their contribution to food sovereignty within the context of secondary education. This analysis is based on a theoretical review of various bibliographic and documentary sources on the subject. The study concludes that incorporating agricultural practices into secondary education is fundamental to fostering a comprehensive understanding of food and environmental sustainability among young people. These practices not only provide technical skills but also instill values of ecological responsibility, teamwork, and autonomy. In the educational curriculum, the inclusion of practical and theoretical modules on agriculture can inspire interest in careers related to agricultural and environmental sciences. From this perspective, it is important to consider that, in a school setting, these programs can be spaces for active learning, allowing students to participate in school gardens or community cultivation projects.

Descriptors: agricultural practices, food sovereignty, and secondary education.

INTRODUCCIÓN

La articulación efectiva entre la producción generada en los huertos escolares y el consumo local es el corolario esencial de las prácticas agrícolas para la soberanía alimentaria en Venezuela, cerrando el ciclo virtuoso, lo cual significa que los productos cosechados no solo tienen un fin pedagógico, sino que también pueden ser integrados en la dieta diaria de los estudiantes a través de los comedores escolares. Alternativamente, pueden ser distribuidos en mercados comunitarios de pequeña escala, por ende promover el consumo de lo producido localmente reduce la huella ecológica, impulsa la economía solidaria y asegura el acceso a alimentos frescos y saludables, donde los estudiantes comprenden el valor de su trabajo y el impacto directo de sus prácticas en su comunidad, esta conexión entre la siembra y la mesa fortalece el compromiso con la alimentación sostenible, la idea es cultivar una



conciencia sobre la importancia de los circuitos cortos de comercialización y el apoyo mutuo.

La soberanía alimentaria, más que simple acceso a alimentos, es el derecho de los pueblos a decidir sobre sus sistemas productivos, asegurando una dieta sana y culturalmente pertinente, lo cual implica priorizar a productores y consumidores locales. Venezuela, enfrentando retos socioeconómicos y la urgencia de diversificar su economía, ve en esta soberanía un pilar esencial, lo que busca garantizar la autonomía y resiliencia de su gente, construyendo un futuro propio. Los espacios educativos son clave para sembrar esta conciencia transformadora desde la niñez., es por ello, que desde los ambientes de aprendizaje y los huertos escolares se cultivan las bases de un modelo agrícola que respete la tierra y nutra, se redefine la relación con los alimentos, promoviendo justicia y sostenibilidad.

En tal sentido, hablar de esas prácticas agrícolas con fines educativos es referirse a lo que plantearon Vázquez y Moreno (2025), denominado educación agrícola, sobre lo cual señala:

La educación agrícola (EA) trasciende los conceptos teóricos de las disciplinas y los enfoques interdisciplinarios típicos en las instituciones educativas, permitiendo el desarrollo de conocimientos críticos y contextualizados que capacitan a los miembros de diversas comunidades para abordar los desafíos agrícolas específicos de sus áreas...(p. 353)

De estas ideas se comprende, que la educación agrícola va referida a favorecer la formación de conocimientos sobre desafíos y actividades agrícolas que resulten de provecho para el entorno socioeducativo, lo que ha permitido la utilización de diversos modelos y enfoque como la agroecología que emerge como eje central de las prácticas agrícolas orientadas a la soberanía alimentaria dentro del ámbito educativo venezolano, ofreciendo un marco holístico, lo que implica la aplicación de técnicas como la rotación de cultivos, el compostaje, la asociación de plantas y el control biológico de plagas, se afianza la comprensión de los ecosistemas agrícolas. Así se produce alimento nutritivo de forma sustentable, cultivando una relación armónica con el ambiente. Estos saberes prácticos empoderan a las nuevas generaciones con herramientas para producir sus alimentos.



Asimismo, al hablar del impacto de estas prácticas agrícolas en los entornos sociales y comunitarios, Martínez et al., (2023) destacan lo siguiente:

En el desempeño para producir alimentos tiene como base la solución de los problemas locales agropecuarios en la localidad se conjugan los conocimientos, habilidades, valores y cualidades que son necesarias para aplicar los métodos de trabajo agropecuario al incidir con los objetos en un determinado contexto (p. 84).

De lo cual se concluye que La producción agroalimentaria se fundamenta en la resolución de problemáticas locales mediante el uso de conocimientos, habilidades y valores técnicos, este enfoque integral permite aplicar métodos de trabajo específicos, adaptados a las necesidades del entorno, ya que el desempeño efectivo requiere la interacción directa entre el productor y los recursos del contexto agropecuario, desde esta perspectiva las practicas agrícolas representan mucho más que un simple espacio de cultivo; es una poderosa herramienta pedagógica multifuncional y un laboratorio vivo en el corazón del sistema educativo venezolano, permite la integración transversal de diversas áreas del conocimiento, desde ciencias naturales y matemáticas hasta historia y geografía, todas aplicadas en un contexto real, se convierte en un espacio para reconectar con el origen de los alimentos, valorando el esfuerzo del agricultor y la tierra que los provee y promueve hábitos alimentarios saludables y la conciencia ambiental, pilares de la soberanía alimentaria.

La efectiva implementación de prácticas agrícolas para la soberanía alimentaria en las instituciones educativas venezolanas requiere una activa y sostenida participación comunitaria, trascendiendo los límites de los ambientes de aprendizaje, involucrar a padres, madres, agricultores locales y miembros de cooperativas en los proyectos de huertos escolares no solo aporta valiosos conocimientos prácticos, sino que también fortalece el tejido social. Estas colaboraciones transforman la escuela en un verdadero centro comunitario de aprendizaje e intercambio de experiencias. Los adultos comparten sus saberes ancestrales y sus habilidades técnicas, mientras los estudiantes aportan su entusiasmo y nuevas perspectivas.



En este mismo orden de ideas, sobre el impacto de las prácticas agrícolas en los procesos educativos, Anido (2023), destaca:

En las últimas décadas es creciente la preocupación sobre el desafío que supone alimentar sosteniblemente una población en continuo crecimiento. En este nuevo escenario, los sistemas agroalimentarios –además de cumplir con su rol fundamental de contribuir a la seguridad alimentaria – deberán ahora adoptar métodos más eficaces y sostenibles de producción, promover dietas saludables, garantizar equidad a su interior y adaptarse al cambio climático. Esto resulta aún más trascendental para las ciudades y los centros urbanos/periurbanos, cuya preocupación es ahora cómo combinar una oferta constante de alimentos con la protección del medio ambiente, para hacer de ellas verdaderas ciudades sostenibles. (p. 288).

A la luz de estas ideas, se comprende que las prácticas agrícolas buscan alimentar a una población creciente de forma sostenible, para ello, los sistemas agroalimentarios deben evolucionar hacia modelos de producción más eficientes y equitativos, que además promuevan dietas saludables y resiliencia climática. Esta transformación es vital para los entornos urbanos, donde urge equilibrar el suministro constante de alimentos con el cuidado ambiental, por lo cual, esta construcción teórica tiene como objetivo analizar las prácticas agrícolas y su contribución a la soberanía alimentaria desde la educación media general, para lo cual se delinean los siguientes constructos teóricos referenciales:

Prácticas agrícolas en educación media

Las prácticas agrícolas en contextos educativos se definen como actividades pedagógicas estructuradas que integran el cultivo de la tierra y la producción de alimentos dentro del currículo escolar, estas prácticas se caracterizan por su enfoque interdisciplinario, vinculando ciencias naturales, matemáticas, ciencias sociales y valores éticos. Su diseño promueve la participación activa de estudiantes, docentes y comunidades en ciclos productivos reales, vale decir, que se implementan mediante huertos escolares, proyectos de reforestación o sistemas de agricultura sostenible adaptados a entornos urbanos y rurales, ya que su estructura incluye fases de planificación, siembra, cuidado, cosecha y evaluación, siempre con un componente



reflexivo, estas actividades se distinguen por fomentar el trabajo cooperativo, la responsabilidad ambiental y la valoración del conocimiento ancestral. Además, priorizan el uso de recursos locales y técnicas agroecológicas, reduciendo el impacto ambiental.

En atención al desarrollo de las practicas agrícolas en contextos formativos Agudelo et al., (2024), destacan:

...son espacios dispuestos por las instituciones educativas con el objetivo de desarrollar habilidades y destrezas en torno al medio ambiente y la alimentación. En este sentido, la FAO (2022) señala que dichos espacios fomentan el conocimiento sobre la producción de alimentos sanos y un consumo más saludable. Asimismo, estas huertas abordan temas relacionados con las ciencias básicas, la biología y el medio ambiente, logrando vincular de manera práctica los conocimientos teóricos....(p. 84)

Lo que permite concluir, que la integración de prácticas agrícolas en la educación formal es fundamental para desarrollar competencias integrales en los estudiantes, con actividades que fortalecen el aprendizaje experiencial, permitiendo comprender conceptos abstractos a través de la manipulación directa de elementos naturales, lo cual contribuye a la formación de una conciencia ecológica crítica, esencial para enfrentar desafíos globales como el cambio climático y la seguridad alimentaria, se busca romper con la dicotomía teoría-práctica, generando un conocimiento situado y aplicable ya que su transversalidad enriquece áreas como la salud, la economía y la ciudadanía, formando sujetos más conscientes y comprometidos, cuya intencionalidad es transforman las instituciones educativas en un agente de cambio socioambiental.

De igual manera, Estevez (2023), al referirse a las practicas educativas en el área agrícola destaca lo siguiente:

...surge como un enfoque educativo para involucrar el paradigma agroecológico en proyectos agrícolas desarrollados en centros educativos, como los huertos escolares, universitarios y comunitarios. En este sentido, se propone mejorar las condiciones de vida con métodos participativos en aspectos de educación, nutrición, salud, producción y medio ambiente,



que permita a las comunidades afrontar con mayor capacidad los riesgos de la inseguridad alimentaria a nivel comunitario...(p. 32)

Es evidente las bondades que se desprenden de las prácticas agrícolas para favorecer la producción de alimento y la formación de conocimientos contextualizados en los estudiantes, debido a que a las prácticas agrícolas educativas son un laboratorio para innovar en agroproductividad y sostenibilidad, buscando introducir a las nuevas generaciones en técnicas de agricultura eficiente y respetuosa con los ecosistemas, como la rotación de cultivos, el compostaje o el manejo integrado de plagas. Al enfocarse en especies adaptadas al territorio, contribuyen a la conservación de la agrobiodiversidad y a la soberanía alimentaria, los huertos escolares pueden generar excedentes que mejoren la alimentación de la comunidad educativa o se destinen a mercados locales, inculcando nociones de economía circular, por cuanto, estos espacios demuestran que la productividad no está reñida con la sustentabilidad, modelando sistemas de bajo insumo y alto valor social.

Es preciso destacar, que el impacto social de estas prácticas es profundo y multifacético, debido a que al involucrar a las familias y a la comunidad local, la escuela se transforma en un espacio de encuentro y cooperación intergeneracional, por cuanto los proyectos como los huertos comunitarios gestionados por las instituciones educativas fortalecen el tejido social y mejoran la cohesión en torno a objetivos comunes, convirtiéndose en espacios que pueden ser puntos de abastecimiento de alimentos frescos y nutritivos en zonas con limitado acceso, combatiendo la malnutrición y también empoderan a los estudiantes como agentes de cambio, quienes replican conocimientos en sus hogares, promoviendo la agricultura urbana o familiar, que resulte de provecho no solo para la institución educativa, sino para la familia y el entorno comunitario o local.

Importancia de las prácticas agrícolas educativas en la soberanía alimentaria

Las prácticas agrícolas educativas constituyen un pilar estratégico para la soberanía alimentaria de Venezuela, al formar a las nuevas generaciones en la producción autosuficiente y sostenible de alimentos, ya que 1 integrar huertos



escolares y proyectos agroecológicos en el currículo, se siembra en los estudiantes la conciencia de que la seguridad alimentaria es un derecho y una responsabilidad colectiva, se rompe la dependencia de modelos agroindustriales importados, promoviendo en su lugar sistemas de producción diversificados y adaptados a las condiciones locales, lo que viene a ser significativo si se considera la necesidad de producir alimentos de para atender las demandas del entorno social, tal como lo refiere Peña y López (2023), que plantean:

Alrededor del 80% de las explotaciones agrícolas en América Latina y el Caribe; provee a nivel de nación, entre 28% y 66% del total de la producción alimentaria; ocupa entre el 13% y el 68% de la superficie agropecuaria, y genera entre 56% y 78% de la ocupación agrícola en el territorio (Leporathi et al., 2014). (p. 10)

Se evidencia, los altos porcentajes de explotación agrícola y su incidencia en la generación de alimentos para el desarrollo de la sociedad, lo que resulta valioso para que desde las instituciones educativas se fortalezca, debido a que la idea es que cada estudiante que aprende a cultivar se convierte en un potencial multiplicador de conocimientos dentro de su familia y comunidad, expandiendo una red de producción descentralizada. Así, se construye una base social capacitada para enfrentar fluctuaciones en el mercado internacional o bloqueos económicos, fortaleciendo la resiliencia de la nación, donde las instituciones se transforman, por tanto, en el primer eslabón de una cadena que prioriza el consumo de lo local y estacional, reduciendo la huella ecológica y revitalizando economías regionales.

Todo esto, se convierte en un aporte crucial de estas prácticas es la recuperación y conservación de la vasta agrobiodiversidad venezolana, base indispensable para una soberanía alimentaria genuina, entendiéndose que en los huertos escolares se pueden cultivar variedades autóctonas de maíz, caraotas, raíces y tubérculos, así como frutales nativos, que están adaptadas a los suelos y climas del territorio y requieren menos insumos externos. Los estudiantes aprenden que la verdadera soberanía comienza con el control de la semilla, entendiéndola como un bien común y no como una mercancía, pues al crear bancos de semillas escolares y realizar ferias de



intercambio, se fortalece un sistema de conservación dinámica y comunitario, lo que redundará en una labor educativa que garantiza la disponibilidad de material genético resiliente para las futuras generaciones de productores, asegurando la capacidad de adaptación ante desafíos como el cambio climático.

En este hilvanar de ideas, Garduño et al., (2023), señala:

Actualmente, el tema de la alimentación representa una serie de procesos complejos que, en conjunto, integran una problemática de las más significativas a las que se ha enfrentado la humanidad y que también ha afectado a gran parte de la comunidad de vida, como víctimas de la huella humana al ser desprovistas de sus hábitats naturales (p. 9)

Todo ello, reconoce la relevancia de la producción de alimentos para el colectivo social, lo que ha generado conceptos como el de soberanía y seguridad alimentaria que se han vuelto esenciales para los gobiernos y la sociedad. La soberanía alimentaria no se limita a la producción, sino que incluye la capacidad de decidir qué, cómo y para quién se produce, construyendo una cultura alimentaria propia, por consiguiente, las prácticas agrícolas en las instituciones educativas son el espacio idóneo para que los niños y adolescentes conecten con el origen de su comida, aprecien su valor nutricional y comprendan los ciclos naturales, ya que al cosechar y consumir sus propios vegetales y hierbas, se fomenta una alimentación más saludable, reduciendo la dependencia de productos ultraprocesados que suelen importarse.

Hay que significar, que esta experiencia directa es una herramienta poderosa para combatir la malnutrición y promover dietas balanceadas basadas en recursos locales, debido a que al integrar contenidos sobre gastronomía tradicional, los estudiantes redescubren y revaloran recetas y preparaciones típicas que utilizan estos ingredientes, fortaleciendo la identidad cultural, por tanto, los espacios formativos actúan como un nodo para transformar los patrones de consumo, creando una demanda interna consciente y educada que impulse a su vez a los productores locales. Se sientan las bases para un sistema alimentario donde lo nutritivo, lo cultural y lo local converjan.



La implementación sistemática de estas prácticas educativas genera un capital humano con las capacidades técnicas y el compromiso ético necesario para impulsar un desarrollo endógeno vinculado al sector agroalimentario, donde los estudiantes adquieren habilidades prácticas en manejo de suelos, riego eficiente, control biológico de plagas y asociación de cultivos, conocimientos aplicables inmediatamente en sus entornos familiares o en futuros emprendimientos, esto es vital para revitalizar el campo venezolano, generando oportunidades de empleo y arraigo que reviertan el éxodo rural. Los proyectos escolares pueden articularse con consejos comunales, comités de agricultores y programas gubernamentales, creando un ecosistema de innovación y apoyo mutuo que integra el saber popular, el científico y el pedagógico.

Finalmente, las prácticas agrícolas educativas fortalecen el tejido social y la gobernanza comunitaria alrededor de la alimentación, aspecto esencial para una soberanía ejercida colectivamente, por cuanto al involucrar a docentes, estudiantes, familias y vecinos en un proyecto común como un huerto escolar, se crean espacios de diálogo, cooperación y toma de decisiones compartidas sobre un tema vital. Esta experiencia práctica en la gestión de un bien común (la producción de alimentos) es una escuela de ciudadanía activa y corresponsabilidad, ya que las cosechas pueden destinarse a complementar el programa de alimentación escolar, donarse a familias vulnerables o comercializarse de manera justa, tomando estas decisiones de forma colectiva, este proceso construye poder popular en el ámbito más fundamental: el de la alimentación. De este modo, la soberanía alimentaria deja de ser un concepto abstracto para convertirse en una práctica cotidiana de organización, autogestión y solidaridad, donde la escuela es el núcleo catalizador de una transformación social profunda.

Retos y desafíos de las prácticas agrícolas educativas en la soberanía alimentaria

Uno de los principales desafíos para implementar la formación en prácticas agrícolas en educación media radica en las limitaciones estructurales y de recursos de muchas instituciones, la carencia de espacios físicos adecuados, como terrenos para



huertos o infraestructuras básicas de riego, frena la posibilidad de un aprendizaje experiencial significativo. A esto se suma la falta de presupuesto específico para herramientas, semillas, insumos orgánicos y mantenimiento, haciendo que muchos proyectos dependan de la gestión esporádica del docente o de donaciones y la formación docente especializada en agroecología y pedagogía práctica es otro cuello de botella, ya que el currículo tradicional no siempre prepara a los profesores para este rol multifacético. En el ámbito urbano, el desafío es mayor debido a la escasez de tierra y a la percepción de que la agricultura es una actividad ajena al entorno ciudadano.

En tal sentido, superar el enfoque teórico y fragmentado del conocimiento constituye un reto pedagógico central, por cuanto al integrar las prácticas agrícolas de manera transversal y significativa en el currículo de educación media exige una revisión profunda de los planes de estudio, que suelen estar compartimentados por asignaturas, puede decirse que el reto es diseñar proyectos interdisciplinarios donde la biología, la química, la geografía y las matemáticas converjan de forma natural en la resolución de problemas reales del huerto. Asimismo, otro desafío es equilibrar la enseñanza de técnicas productivas con la reflexión crítica sobre los modelos de desarrollo, la justicia social y la soberanía alimentaria, evitando reducir la formación a un simple manual de instrucciones, ya que es necesario también crear sistemas de evaluación que valoren el proceso, el trabajo colaborativo, la perseverancia y el aprendizaje aplicado, más allá de los exámenes tradicionales.

En este disertar de ideas, sobre los retos y desafíos de esas prácticas agrícolas en el contexto educativo, Agudelo et al., (2024), destacan: “...no solo se puede promover la seguridad alimentaria y la sostenibilidad ambiental, también se muestra como una alternativa viable para abordar múltiples temas que ayudan al desarrollo de los estudiantes y docentes en sus prácticas educativas” (p. 102), esto es uno de los retos que debe vislumbrarse en los escenarios educativos para favorecer el fomento de esas prácticas agrícolas, ya que las expectativas de esta formación son ambiciosas y multidimensionales, se espera que los estudiantes no solo adquieran habilidades



técnicas, sino que desarrollen una conciencia socioambiental profunda y un compromiso ético con su territorio.

No obstante, la expectativa es que se conviertan en agentes de cambio, capaces de replicar conocimientos en sus hogares, iniciar microemprendimientos agroecológicos o continuar estudios superiores en áreas afines, revitalizando el campo con juventud formada, vale decir que, para la comunidad, se espera que la escuela se consolide como un referente productivo y de innovación, capaz de generar excedentes que mejoren la alimentación local y sirvan de demostración de técnicas sostenibles. Existe la expectativa de que estos proyectos fortalezcan el diálogo de saberes, integrando el conocimiento científico con el saber popular y ancestral de agricultores locales, quienes pueden convertirse en co-educadores. A nivel macro, la expectativa fundamental es que esta formación contribuya a construir una base social crítica e informada que impulse y exija políticas públicas coherentes con la soberanía alimentaria, se aspira a que la educación media sea un semillero de ciudadanos productivos, conscientes de que la independencia nacional pasa, inevitablemente, por la capacidad de alimentarse a sí mismos.

En síntesis, la sostenibilidad y el impacto a largo plazo enfrentan el reto de la articulación efectiva entre múltiples actores, resulta crucial crear alianzas estables entre las escuelas, las universidades, los gobiernos locales y las organizaciones del poder popular. Sin esta articulación, los proyectos escolares suelen quedar aislados y desaparecer cuando cambia el docente a cargo o se acaban los recursos iniciales, buscando de esta manera generar sistemas de monitoreo y evaluación que documenten no solo la producción de alimentos, sino los aprendizajes, las transformaciones actitudinales y el impacto comunitario, para aprender de las experiencias y ajustar estrategias y de esta manera superar estos desafíos implica ver la educación no como un fin, sino como el instrumento más poderoso para sembrar, desde la adolescencia, las bases de un país alimentariamente soberano y socialmente justo.



CONCLUSIONES

Las prácticas agrícolas se refieren a un conjunto de métodos y técnicas empleadas por agricultores para cultivar plantas y criar animales de forma efectiva y sostenible, están diseñadas para maximizar la producción de alimentos mientras se minimiza el impacto ambiental y se asegura la salud de los ecosistemas. La conceptualización de estas prácticas suele incluir aspectos como la rotación de cultivos, el uso de abonos orgánicos, el manejo integrado de plagas y el riego eficiente, ya que en este contexto, la agricultura sostenible busca equilibrar la necesidad de producción con la conservación del entorno, promoviendo un uso responsable y regenerativo del suelo, por ende entender las prácticas agrícolas va más allá de las técnicas básicas; implica un conocimiento profundo de cómo interactúan los factores humanos, tecnológicos y ambientales en la producción alimentaria.

Asimismo, se concluye que al incorporar las prácticas agrícolas en la educación media es fundamental para fomentar un entendimiento integral de la sostenibilidad alimentaria y medioambiental entre los jóvenes, por lo tanto, estas prácticas no solo proporcionan habilidades técnicas, sino que también inculcan valores de responsabilidad ecológica, trabajo en equipo y autonomía. En el currículo educativo, la inclusión de módulos prácticos y teóricos sobre agricultura puede inspirar interés en carreras relacionadas con las ciencias agrarias y ambientales, desde esta perspectiva hay que considerar que, en un entorno escolar, estos programas pueden ser espacios para el aprendizaje activo, permitiendo que los estudiantes participen en huertos escolares o proyectos comunitarios de cultivo.

Las prácticas agrícolas bien implementadas tienen un impacto directo en la soberanía alimentaria de una nación, asegurando que las comunidades tengan acceso a alimentos nutritivos, saludables y culturalmente apropiados que sean producidos mediante métodos sostenibles. En países como Venezuela, donde las fluctuaciones económicas pueden afectar la disponibilidad de alimentos importados, fortalecer la agricultura local es esencial para reducir la dependencia externa, de esta manera las prácticas que promueven la biodiversidad y el uso eficiente de los recursos naturales fortalecen la resiliencia del sistema alimentario ante eventualidades climáticas o



económicas. Además, al cultivar alimentos localmente y fomentar circuitos cortos de comercialización, las comunidades pueden fortalecer sus economías locales y mantener tradiciones culturales alimentarias, por cuanto la implementación eficaz de prácticas agrícolas sostenibles es clave para asegurar no solo la autosuficiencia, sino también la seguridad alimentaria.

En Venezuela, la promoción de prácticas agrícolas en el contexto educativo enfrenta tanto desafíos como oportunidades, puede decirse, que la configuración del sistema educativo venezolano proporciona un marco único para integrar estos conocimientos en diferentes niveles académicos. Sin embargo, factores como líneas presupuestarias limitadas, cambios políticos y necesidades inmediatas de infraestructura educativa pueden obstaculizar el progreso, se hace preciso comprender que las políticas educativas que priorizan la inclusión de prácticas agrícolas pueden convertirse en un catalizador para el desarrollo rural y la innovación agroecológica, lo que conlleva a visualizar la necesidad de implementar programas que se alineen con las necesidades locales y que cuenten con la participación de comunidades rurales y actores educativos, tienen el potencial de transformar el currículo educativo en un instrumento clave para el cambio social y económico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo, A. Pacheco, M, Paz, H. Aguirre, C., y Palencia, C. (2024). Implementación de huertas escolares como espacios de enseñanza - aprendizaje para contribuir al desarrollo sostenible y a la seguridad alimentaria. En Chirinos, Y., Ramírez, A., Godínez, R. Barbera, N. y Rojas, D. (2024). (Eds.). Tendencias en la Investigación Universitaria, Una Visión desde Latinoamérica. Vol. XXIII. Fondo Editorial Universitario Servando Garcés. DOI: <https://doi.org/10.47212/tendencias2024vol.xxiii.7>
- Anido J. (2023). Sistemas alimentarios urbanos y su gobernanza, ¿una alternativa viable para Venezuela Revista Agroalimentaria. Vol. 28, N° 55; julio-diciembre 2022.
- Estévez J. (2023). Implementación de prácticas agroecológicas en la escuela básica: beneficios para la educación y el ambiente. Sinopsis Educativa Revista Venezolana de Investigación, Año 23, N° 1 Julio 2023, pp 300 – 308.



Garduño E., Vargas H., y Moctezuma S. (2023). Soberanía alimentaria : una reflexión educativa desde la transdisciplinariedad, la agroecología y los mercados alternativos /— Ciudad de México : Comunicación Científica, 2023.

Martínez Y., Thompson D., Rodríguez Y. (2023). Modelación de la educación agropecuaria del técnico medio en agronomía para favorecer la soberanía alimentaria. Revista Didáctica y Educación. Publicación del Centro de Estudios Pedagógicos de la Universidad de Las Tunas. Cuba. Volumen 15, Número 4, Año 2024. Octubre-diciembre. <https://revistas.ult.edu.cu/index.php/didascalía>

Peña y López (2023): El Aprendizaje Experiencial como Estrategia Educativa para el Impulso de Espacios Socioproductivos que promuevan el Desarrollo Endógeno en las Comunidades. UNERG AGRO-Científica 2023 4(1): 7-21 <https://unerg.edu.ve/unerg-agro-cientifica/> ISSN: 2665-0061 (Online).

Vasquez Barrera, Y., Moreno-Hernández., M. (2025). Sembrando Futuros Sostenibles a través de la Educación Agrícola en Comunidades Rurales. Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales, 27(1), 351-367. www.doi.org/10.36390/telos271.19

